

**TRADICIÓN JACOBEA - REVIVAL**



**JOSÉ ANTONIO DE LA RIERA**

## Introito

### Con la venia

**B**ueno, tal vez sea el momento. Parece ser que las aguas se han remansado, el Ebro vuelve a bajar sereno y el Manzanares sigue con su aprendizaje de río chulapón y majo. En su momento, hace ya unos cuantos siglos, nos enredamos el amigo Alberto y yo en las simas de la Tradición Jacobea. Fue algo, para mí, bastante divertido y, en cierta manera, enriquecedor. Alberto acababa de entrar en la lista galopando el caballo blanco (que no es blanco) de Santiago, picando espuelas y alanceando todo lo que encontraba. Se armó la de Dios es Cristo (y, Alberto, tienes que reconocer que con razón) y poco a poco la aguas volvieron a su cauce, entre otras cosas por ser D. Alberto Solana persona inteligente y asaz entendedora. Luego conocimos todos a Alberto en circunstancias harto difíciles (Muxía) y vimos la clase de persona que es: Generoso, franco, altruista, directo, buen amigo de sus amigos y eso sí, vehemente y capaz de subir a la Luna en un cohete si se discute por el fuero, importándole un carajo el huevo. Un gran tipo. Pero un cabezón redomado, Laus Deo.

Y anda empeñado nuestro amigo en demostrar la "verosimilitud" de la Tradición Jacobea. Es lo mismo que intentar demostrar que Sigrid de Thule existió en la realidad, que además era una diosa de las sagas nórdicas y que el creador del Capitán Trueno escribía en clave. Para los que leíamos el Capitán Trueno, eso nos daba igual, soñábamos en cinemascopé con la bella Sigrid y listo. Por otro lado anda D. Ales Manuel Vázquez, enseñando continuamente el pico de la muleta lo que le hace recoger pitos y aplausos, amagando el natural y provocando la indignación del tendido del siete. De vez en cuando "Victorino" Alberto le larga un morlaco, pero no hay caso, Alesiño de Pontecesures, de tabaco y oro, se adorna levemente, lleva el toro a tablas y allí suena la música mientras el astado se amuerma entre la rechifla del respetable. Ales ha lanzado "boutades" inimaginables (con lo que se ha ganado la reprimenda de buena parte de la afición), pero cuidado. Seguramente sabe más de lo que cuenta aunque, en este tema, normalmente cuenta más de lo que sabe. Y es que no se puede dejar de lado una cuestión muy importante: Ales es de Pontecesures, es decir, fue parido en el epicentro de la tradición jacobea. Con toda probabilidad de niño jugó a pídola con el Pedrón, huroneó en las rocas de Santiaguño do Monte, jugó a los barcos justo por dónde la leyenda cuenta que entró la barca apostólica, vivaqueo en la imperial de los autobuses donde viajaban los canónigos compostelanos y observó los codazos que se daban entre sí los aldeanos en la Feria de Pascua cuando llegaba algún guiri preguntando por la Reina Lupa. Por eso no se puede, y no se debe, desdeñar lo que, de cuando en vez, anda largando. Independientemente de que ande encantado con las algaradas que el mismo provoca en su lista, el mismo lo confiesa, así que no hay cuestión. Extiende el trapo y Don Alberto acude encantado, en el fondo están felices, hasta cuando se arrean sopapos a discreción.

Pero no. Se lo dije en su momento a Alberto, y de aquí el "revival". No me convence el tema. Reducir todo el misterio, la fuerza, el enigma, la magia y el encanto del Camino de Santiago y la peregrinación jacobea en el siglo XXI a un quítame allá esos huesos de santo, hacer cuestión de esa verosimilitud, no hace al caso. Otra cosa es la Leyenda. Es bellísima, así que yo me batiría sin piedad con las mentadas pistolas de agua con mi amigo Alberto por el tema de la verosimilitud histórica de la "traditio" y sus despojos para, a continuación, luchar con él, mano a mano y espalda contra espalda, contra todo aquel que intente siquiera tocar la Leyenda (entre otros, Ales). Lo que ocurre es que a mi me apetecería cargar las pistolas con Ribeiro tinto y ponernos absolutamente perdidos y me temo que mi buen Alberto es abstemio y, además, muy serio y mirado para estas cosas de la tradición, sospecho que sólo permitiría cargar las armas con agua de Mondariz (con gas), una lástima.

Naturalmente, en este "revival", hay leves cambios, para que Alberto no se confíe, alguno con trampa, otros ampliando alguna cuestión. Y un nuevo capítulo dedicado a esos extraños seres que somos los gallegos, Alberto no se cree para nada que los gallegos sean escépticos, retranqueros y se pongan más bien cachondos cuando se les habla de los huesos del Apóstol (hasta algunos canónigos de Compostela cambian de tema) Yo también uso de la retranca, lo siento Alberto, pero lo lleva uno consigo, así que no te tomes demasiado en serio ciertas algaradas que van en la serie. O tal vez sí. Bueno, tu verás. O sea, que aparecerán de nuevo antiguos personajes de la farándula "tradicional", como mi ídolo Beato de Liébana, Don Claudio Sánchez Albornoz, Peter Pan, Berta, mi confitera y asesora en menesteres celestiales, Fray Justo Pérez de Urbel, el hada Campanilla, el buen rey Alfonso II, etc., junto a personajes nuevos: Isolino, mi sacristán, Dios lo tenga en su gloria, Don "Gusto" el párroco, San Andrés de Teixido, el bienaventurado San Campio, yo qué sé....Tengo pocas cosas claras, pero en algunas tengo la luz espectacularmente encendida:1) El tema de la Tradición Jacobea, su verosimilitud, no ha sido admitida por ningún historiador riguroso, es una cuestión resbaladiza que no ha puesto de acuerdo a casi nadie.2) Se suele ocultar, tapar o minusvalorar, la importancia clave de un personaje que ha sido el que ha estado detrás de las bambalinas, el gran paridor, el impulsor del culto a Santiago en la península, el "inventor", Beato de Liébana.3) El creer, o intentar hacer creer, que el eje de la peregrinación jacobea en el siglo XXI, pueda estar en unos huesos polvorientos en la antigua Compositum es desconocer la realidad actual de esa peregrinación. Y, como dice un gran amigo, el sacerdote portugués Arlindo de Magalhes, el Camino cada vez se impone más a Compostela. Muchos lo pensamos, "Más Camino y menos Compostela".4) Esa verosimilitud ha dejado pues de ser cuestión histórica. Es, eso sí, cuestión de fe, y ahí impera el libre albedrío de cada cual. 5) La Leyenda, como todas las bellas leyendas, que nadie la toque. Está en el corazón de todos los peregrinos.

Así, amigo Alberto, ahí va el "revival", con todo mi afecto, pero también con toda mi discrepancia (qué, en el fondo, verás que no es tanta, al final todo se reduce a caminar en paz y libertad hacia algo que nos llama desde hace siglos, tal vez la cuestión esté, con huesos o sin ellos, en la misma raíz del ser humano).

## Capítulo II

### HUESOS DE SANTO

**H**uesos de santo, vino de misa y, de postre, un pionono. Eso es lo que acostumbra a hacer el día de difuntos un cuate, con el que por cierto procuro juntarme poco, es algo excesivo hasta para mí, me supera. Repite el rito todos los años y en la misma confitería. Todo ello ante el escándalo de Berta, la confitera, escándalo más fingido que otra cosa, a pesar de que Berta ejerce de beata y le monte siempre la bronca al cuate con alarde de aspavientos y despliegue de gruñidos. Ocurre que el mencionado cuate es mexicano y Berta gallega, pertenecen ambos a dos culturas (no tan diferentes) que se toman la muerte de una manera un tanto especial. Y aunque parezca que ambos navegan por polos opuestos, se la pasan, al alimón, por la taleguilla. Por mucho que la Berta reniegue del manito hay un fondo común, una conjura, que hace que ambos pueblos en lugar de huir del toro lo reciban de tabaco y oro y a puertagayola. Es decir, conjuran a tan ilustre dama dándole el brazo y abriendo sus casas. Los mexicanos montan un tremendo pandemonium el día de difuntos, una verdadera fiesta acompañando esqueletos y calaveras. Los gallegos simplemente saludan a sus muertos en las correoiras. Por lo mismo, hay una relación natural y familiar con santos, santas, santiñas y allegados. El Corpiño, Nuestra Señora de Amil, los cientos, miles, de romerías dispersas por el rural gallego, lo "petos de animas" dispersos por todo el rural, hablan de ese trato familiar. Con una excepción: Santiago Apóstol.

Para los gallegos es un extraño. Es un santo "importado", no es de aquí. Además ha corrido el infundio, seguramente justificado, de que es poco "milagreiro". ¡ Ah si fuera como el glorioso San Benitiño, como "o noso" San Andrés de Teixido, como San Campio - que fulmina "meigallos" vestido de generalísimo romano-! ¡ No hay comparación con San Roque de Betanzos, a quién fue impuesta, con todo merecimiento, claro, la medalla de oro de la ciudad en 1948! Gozamos, además, de santos especializados, como San Xil de Casaio, con facultades reconocidas sobre los "bareiros", consiguiendo que al abatir las castañas los ourizos no le fastidien a uno el ojo. Colaborador entusiasta de San Campio es San Benitiño de Cova do Lobo, que tiene además penedo (peñasco) "ad hoc" para curar el "tangaraño". Así lo reconocía Curros Enriquez:

San Benitiño de Cova de Lobo Ten no cume un penedo furado de ran rara virtude ortopédica que é o asombro do mundo cristiano.

Ante semejante despliegue de santos y santiñas, Santiago es para los gallegos, como mucho, un santo más, lo ven un poco gabachón y con rebufo a sotana de canónigo, no es un santo "popular" en absoluto. Eso sí, tiene los mejores fuegos de "estronicio" de Galicia, así que todo aldeano que se precie procura, al menos una vez en la vida, acudir a los fastos compostelanos del 25 de Julio. Es respetado, pero de aquella manera, exactamente igual que el resto de sus santos, sin pasarse. Y cuando se habla de sus huesos, cuando se entra en un quitame

allá esa reliquia, entonces el pueblo soberano se despelota, todo son codazos, risotadas contenidas... . ¡Qué les van a decir a unas gentes que se meten dentro de un ataúd para ser paseados, vivos, en la procesión de Santa Marta de Ribarteme o en el Santo Cristo de Poba do Caramiñal!

Por eso la polémica sobre si los restos que se conservan en Compostela pertenecen a Santiago el Mayor, Hijo del Trueno, al heresiarca descabezado en Tréveris (Prisciliano) o al sursum corda, aquí importa un ardite, generalmente es polémica traída de fuera, conseja de sabios con tu-tú, bisbiseos de gente ociosa... ¡ Mira que llamarle "fromage" al queso cuando es eso, coño, queso!. ¿Hay o no hay huesos? Pues si los hay, "no meneallos".

Naturalmente, en esta polémica tan ósea, no faltan los priscilianistas. Los seguidores del gran heresiarca gallego descabezado en Tréveris lo tienen claro: El personaje enterrado en Compostela es sin duda el Obispo de Ávila, al fin y al cabo, para ellos Prisciliano fue un personaje clave, revitalizador de la "antigua religión", un sincretista que preconizaba la unión entre los cultos ancestrales a la naturaleza y la nueva religión, el cristianismo. Así, entre aturuxos, ¡ alalás! y bailes corales en las noches de luna llena, preferiblemente en pelotas, reaparecían los druidas reconvertidos en sacerdotes cristianos. El priscilianismo, con su tufo hippie, triunfó aparatosamente en Galicia, perviviendo muchos años después de la ejecución de su impulsor. Únase a esto que está probada la vuelta de su cadáver a Galicia, su enterramiento en secreto a voces por sus discípulos, añádase la pasión priscilianista de los gallegos y su acreditado culto a sus muertos y... ¡ voilá ! ¿quién será el tapado, el gran personaje que yace en Compostela? Pues para los priscilianistas no puede ser otro que el hereje Prisciliano. Y, según ellos, con más razones históricas, documentales, racionales y de sentido común que Santiago. ¿A quién si no iban a recordar los gallegos en una vieja tumba en el Liber Donum? ¿Por qué el secreto de esa tumba? ¿A que venía el sigilo? ¿A qué el recuerdo?.

Lo que ocurre es qué, en mi opinión, la receta de la relatividad de los huesos de santo es intercambiable, y la verosimilitud de la "traditio" priscilianesca tiene la misma trascendencia, receta y tratamiento que la osamenta jacobea. Y seguramente, como ocurre con Tours y los restos de Santiago, enseguida aparecerían un montón de enclaves reclamando ser depositarios de los restos auténticos del heresiarca, siendo los demás lugares un antro de tramposos y fulleros que sólo pretenden falsificar la historia. En el fondo, creo que son todos iguales.

Ocurre que, y eso ya es mío y además soy gallego, que la polémica acerca de si están o no en Compostela los restos auténticos y genuinos de Santiago, es una polémica ociosa, estéril, gastada, vana, rancia, superada, muy superada, y, sobre todo, casposa, no da ya para casi nada, está todo escrito, a veces hasta bien escrito. ¿Cabe mayor despelote y alborozo que la traducción "al dente" hecha por D. Mario Castellá Ferrer de la inscripción que aparece el enorme cipote pétreo de Padrón? Donde pone: "Los Oriseses erigieron este monumento a Neptuno", D. Mauro traduce: "Ordenó Jesús que estuvieras en España, Santísimo Patrono". ¡

Manda carallo!, ¡ Jubileo de "aturuxos", ¡ Santiago y cierra España! No os creáis frateres que eso es lo menos "científico" que se ha escrito en este zarrapastroso asunto. Más o menos todo va por ahí. Pero al menos D. Mauro viene a incrementar el caos y, claro, la afición lo agradece.

. Escribo estas líneas espoleado por varios motivos: Está en primer lugar polemizar con mi amigo Alberto. Luego, la absoluta certeza de que todos los escritos del menda llegan (por conductos insospechados) a cierto canónigo compostelano (y sin embargo amigo) que luego tiene a gala entablar solemnísimas peloterías con servidor de ustedes, llenas de rendevús y elegancia, eso sí, pero bastante divertidas. Tengo devoción por los canónigos, adoro estropearles el chocolate con picatostes (nunca invitan). Así que procuraré darle un berrinche (aunque andan curados de todo tipo de espantos) esperando que no se lo tome muy a mal (los hay - pocos, ¡eh!- que dan muestra de una deportividad y un sentido del humor bastante decente. Nuestro canónigo es uno de ellos, va por usted). Mi último motivo es reivindicar, en todo este negocio de los huesos de santo, a una de las figuras mas insignes, cazurras, camaleónicas, intrigantes, feroces, torticeras e inteligentes que ha dado la piel de toro, el causante absoluto de todo esta monumental mêlée, el zorro que se acuna en las páginas de la historia guiñándole un ojo al tabernero mientras le mete descaradamente mano a la criada, el gran tapado.... pero eso después. Antes vamos por los picatostes del canónigo.

## Capítulo III

### SABIOS A GARROTAZOS

**O**s aviso hermanos que lo que sigue a continuación os puede sumir en beatífico sueño, es posible que os quedéis traspuestos como angelotes mofletudos de Murillo. Pero es preciso ir desatando el lazo, el zorro que busco nunca entrará en él, tiró la piedra y escondió la mano, anda camuflado, seguramente estallando en risotadas, entre cronicones góticos y montañas inaccesibles. Además es perfectamente prescindible, así que avisados quedáis.

¿Santiago en Hispania? ¿Predicación, Pasión, Traslatio, Inventio?

La cosa la inicia Dídimio el Ciego de Alejandría ("De Trinitate, libro II, cap IV) con una alusión a la predicación apostólica desde la India hasta Hispania, coincidiendo con la "imago mundi" de la cultura grecorromana. Y, sobre la predicación apostólica, en el sentido apuntado, nos han llegado los testimonios del papa San Clemente (Carta a los corintios, finales del siglo I), Eusebio de Cesarea y su "Demostración Evangélica" (libro III, cap V), Firmiliano, obispo de Cesarea, en su carta a San Cipriano, obispo de Cartago, San Atanasio en su "Homilia de Semente" y San Gregorio en el "Sermón de San Esteban" (entre otros, como más tarde haría San Ireneo de Lyon) confirman esta predicación por el mundo entonces conocido.

Sin embargo la sede romana nunca gustó de protagonismos apostólicos, fuera del propio San Pedro, así que a principios del siglo V Inocencio I trató de zanjar la cuestión manifestando un abierto desinterés por la posible predicación de Santiago el Mayor en Occidente. Su "Epístola a Decencio" es prueba de ello: Nada de cualquier tradición apostólica nacional, solo la estrictamente "romana", estableciendo que las iglesias de Occidente tienen su raíz en el apóstol San Pedro y punto. Y la posición oficial de la iglesia en este asunto, sin hacer mención para nada de predicación alguna en Hispania, pronto quedó reflejada en la "Passio Sancti Jacobi". La Passio se extendió pronto por toda Europa. ¿Mención a la predicación de Santiago en Hispania? Lo dicho: ninguna. Será recogida en el Codice Calixtino con el nombre de "Passio Magna" con la correspondiente trampa "interpolada": Los discípulos de Santiago preparan un zurrón con aromas del cuerpo y cabeza apostólica, para iniciar el viaje al Finisterrae. En España el silencio de las fuentes es total, ominoso, profundo. Díaz y Díaz explica el silencio de las fuentes hispanas (referidas a la también supuesta predicación de S. Pablo en la península, pero que también podría ser aplicado al caso de Santiago) por un problema de continuidad entre los primeros grupos cristianizados y la iglesia hispánica.

Silencio profundo, espeso, hasta que, ya a finales del siglo VI, aparece en Europa el celeberrimo "Breviarum Apostolorum" que se divulga a lo largo del siglo VII. El "Breviarium" da noticias sobre donde predicaron los apóstoles y donde fueron

sepultados. Respecto a Santiago: "Hic (Iacobus) Hispaniae occidentalia loca praedicat et sub herodis gladio coesus occubir, sepultusque in Achaia Marmórica". Estupendo, ya lo tenemos, solo hay un problema: ¿Dónde, válgame el cielo, dónde "Achaia Marmórica"? Pero en Hispania silencio pertinaz: Se callan autores de la talla de Prudencio, Osorio de Braga, Martín de Dumio, Ildefonso, Braulio, Tajón de Zaragoza y Leandro de Sevilla. ¿Y por qué callan Etheria - peregrina, nada menos, a Jerusalen- e Hydatio? Y, sobre todo, válgame Dios, como es posible que se calle el gran Isidoro de Sevilla ante una noticia de tal magnitud para su queridísima Hispania. Sobre todo después de tomarse el trabajo de escribir la *Chronica Maiora*, ímprobo esfuerzo dedicado a historiar las vidas de los santos varones del cristianismo... ni una palabra... nada. Al pobre Isidoro le hicieron una grosera interpolación en su "De ortu et obitu patrum" -referente a la predicación de Santiago- que ha sido denunciada por todos los eruditos con una mentalidad medianamente científica, no cuela. Como señala Sánchez Albornoz: "Cómo avenir el conocimiento de un prelado de la autoridad e inmenso prestigio de San Isidoro de la evangelización jacobea de la península y la no prestación de culto a Santiago en España por siglos? Ya Díaz y Díaz sospechó de la interpolación simplemente por incongruencia sintáctica absoluta. Por otra parte: ¿Cómo explicar, además, que la iglesia española no conservara ninguna tradición sobre la cristianización de España por Santiago? Albornoz se atraganta de indignación cuando detalla que, de haber predicado Santiago en la península, no ocuparía el Apóstol un lugar insignificante en la epigrafía paleocristiana, visigoda y mozárabe. Y sería, también, incomprensible que no se hubiera celebrado la festividad del Apóstol en la liturgia hispanogoda ni en la mozárabe temprana.

¿Y en Compostela? ¿Como fue asumido todo esto? Pues con fuegos de "estronicio", no podía ser de otra manera. Lo que ocurre es que, científicamente y con un mínimo de rigor histórico, ninguno de esos alardes se tiene en pie. A saber: La *Historia Compostelana* o *Hechos del Arzobispo Xelmírez*, parida por tres clérigos lameculos, (Hugo, Munio y Giraldo) palmeros de Xelmírez, en lo que se refiere a la tradición apostólica es un tebeo. El *Cronicón Iriense* da para el patatús de cualquier historiador riguroso. Y el *Codex Calixtinus*, pues eso, a decir que Carlomagno estuvo en Compostela. Independientemente, huelga decir que en todos estos analectas polvorientos se habla de hechos acaecidos, supuestamente, mil años antes. ¿Puede alguien explicarnos, por muy historiador que sea, ahora mismo, si Rodrigo Díaz de Vivar tomo juramento o no al Rey Alfonso en Santa Gadea? ¿O si despachaba sopas de ajo con Doña Jimena en los rigores de Burgos?

Con estos antecedentes, no tardó en armarse un cisco monumental. Todo el tinglado no se sostiene ni con la más benévola, candorosa y meapilas de las críticas. Hasta el poco sospechoso, y látigo de heterodoxos, Menéndez y Pelayo, se vio obligado a soltar su famosísima frase: "Sería temeridad negar la predicación de Santiago, pero tampoco es muy seguro el afirmarla" Manda cien mil carallos y por todos los dioses: Merecería ser gallego, a eso no llegó nunca ni el mismísimo Pio Cabanillas (senior, of course). Oye, para el carro, ¿y Prisciliano?. Pues más de lo mismo. El gran heresiarca, ¿gallego de Galicia?, con su cristianismo proto-



duídrico de vuelta a la naturaleza, fue descabezado en Tréveris y, según crónicas que en nada se diferencian de las muy "científicas" anteriormente citadas, traído de vuelta a Galicia para ser enterrado en "a patria nai" (aquí conviene soltar cumplidamente un "auturuxo" así que ahí va: ¡Eiiiiii Carballeeeeeeeira!) Cumplido el rito, no vaya a ser, apresúrome a decir, con toda diligencia y esmero, lo que algunos estáis esperando. ¿Entonces está enterrado Prisciliano en Compostela? Pues si, pues no, tal vez, de ninguna manera, claro que sí. Lo que ocurre es que el tema fue inmediatamente aprovechado por la "peña" discordante para menear el sonajero y encabronar a toda la sotanería. Cierto es que el priscilianismo pervivió en Galicia (no en la antigua Gallaetia, en Galicia) hasta épocas tardías. Pero nada demuestra que esté allí. Tuve el gozo (y el alborozo) de asistir a una de las últimas conferencias de Monseñor Guerra Campos en la ínclita ciudad de Vigo. Es sabido que poseía don de palabra, un verbo florido y un discurso, por veces, apasionado. Así que después de una buena hora tratando de demostrar que el Apóstol estaba, indudablemente, enterrado en Compostela, y que lo de Prisciliano era una falacia de masones y de todo el rojerío irredento se quedó, de pronto, mirando fijamente al público, Tras una pausa dramática, tronó: ¡Yo sé donde está enterrado Prisciliano, y no es precisamente en Compostela! Tal vez esperaba, ante tan extraordinaria revelación, que se levantaran al pronto cien manos ansiosas ¡Dónde, válganos el cielo, monseñor, dónde! Pero estaba ante un público gallego y monseñor no lo percibió." ¿Outra tumba de santo? Bah, temos centos delas" Yo sin embargo, en cuanto acabó el acto, me arrojé desesperadamente a sus pies: "Hijo, parece mentira, en Martores, indudablemente, en Martores" ¿Y eso....? "Pues evidente, Martores igual Martires" Una vez que levanté mis posaderas de la moqueta, dime de bruces y calabazadas con la primera farola que atopé: ¡ En Martores, concello de Valga! Monseñor, a la hora de arrimar el ascua a su sardina, no le fue a la zaga ni al mismísimo Hugo de la "Compostelana".

¿Por do cogno iba? Ah, si, por los sabios. López Ferreiro (H<sup>a</sup> de la SAMI Iglesia de Santiago de Compostela) había defendido la exactitud de la tradición jacobea. El gabacho Duchesne fue el primero en torcer el morro ("Saint Jacques en Galice," Toulouse,1900) y el jesuita García Villada (muy en su papel) intentó templar gaitas. Que si sí, que si no. El silencio y la discreción de Vázquez de Parga ha sido significativo. ("Peregrinación a Santiago I", Madrid,1948, pp.27 y ss)El ínclito Fray Justo Pérez de Urbel intentó salvar los muebles: Realmente Santiago había estado en Mérida, y de allí fue trasladado posteriormente a Santiago cuando la clerecía emeritense puso pies en polvorosa por mor de la invasión sarracena. Palmas y pitos, rechifla general. De pronto, dos gigantes de la historia entran en la disputa: Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro. Sospecho que D. Claudio entró en la refriega más que nada para ciscarse en su odiado Américo Castro y ridiculizar su teoría de los Dioscuros, pero cuando entró lo hizo a fondo, como era su costumbre. De paso destrozó la teoría del Santiago "miles chisti" con avalancha de argumentos. Pero atizó con devoción y vesania un montón de patadas en el trasero de D. Américo. ¿Mito dioscurido - lo gemelos Castor y Pólux, hijos de Júpiter- en los orígenes del culto jacobeor? D. Claudio empieza a cocear: ¿Confusión entre los dos Santiagos, el Mayor y el "frater Dómini"? ¿Fraternidad con el propio Jesús? De eso nada, ni siquiera San Martín de Dumio - famoso por

sus diatribas por la pervivencia de cultos paganos entre los aldeanos gallegos- se atrevió a tanto: Jamás mencionó a Castor y Polux entre las divinidades que adoraban los rústicos.

Así la cosas, una lluviosa noche del año 813, el anacoreta Pelagio ve unas extrañas luces sobre el bosque de Libredon (Liber donum). Pelagio se mosquea, sale zumbando para Iria, avisa al obispo Teodomiro, el obispo reúne a su gente, galopan al Libredón, ven las luces, revuelven en la maleza, topan con un viejo edículo, en el edículo encuentran una tumba, Teodomiro cae de bruces, estalla de júbilo, lanza el primer ¡ultreia!, aulla: "aquí está el Apóstol Santiago", avisa al buen rey Alfonso, el buen rey Alfonso se despepita por el que luego sería llamado "Camino Primitivo", alcanza el Libredón y... lo demás ya es historia.

¿Qué había pasado para que un Santiago ignorado, un Santiago desconocido hasta para el mismísimo San Isidoro, un Santiago a quién la iglesia romana situaba, con cabeza y tronco, (Passio Sancti Jacobi) en Palestina, haga saltar, de pronto, todos los resortes, todos los cerrojos y aparezca en un lejano bosque en el fin del orbe conocido? ¿Qué, o quién, abrió la caja de Pandora?. Tened la bondad de mirar al norte. A un minúsculo reino, a una monarquía "pin" que se debatía en pelea desigual, dramática, con el mayor imperio de la época. Algo se había movido, algo estaba preparado, algo se palpaba en el ambiente para que Teodomiro, Alfonso, toda la corte y todo el clero del minúsculo reino estallaran de júbilo. Vamos hacia el norte, a las montañas, que alguien coja mantas, preparad las cajas de sidra, las trampas para osos. Nos vamos de caza.

## Capítulo IV

### EL ZORRO QUE ACECHA EN LA MONTAÑA

*(Este capítulo va dedicado a mis amigos Milio y Xose, astures de corazón y pasión).*

**D**esalentado, bajó la espada. Por doquier, los "fideles regis" eran masacrados. Unos trataban de cruzar el Varcácel, otros el Burbia, la carnicería era general. El griterío de la hueste de Yusuf ben Bujt era ensordecedor. Yusuf había cumplido fielmente las órdenes de su señor, Hixam I. A naciente, Abu `Utman `Ubaid Allah había atacado por Álava a aquellos politeístas rebeldes. El había arrasado Lugo para tomar a aquellos salvajes en tenaza. Y los estaban destrozando.

Volvió grupas, se abrió paso con el resto de su guardia, lleno de pesadumbre. Aunque rey, al fin y al cabo él no era más que un pobre diácono. Y aquel ser feroz que había subido al trono en Córdoba estaba decidido a acabar, de una vez, con su pequeño reino. No era un guerrero, como aquellos gardingos sudorosos, preocupados por salvar su persona, que le rodeaban en su huida por aquellos angostos desfiladeros antesala de su reino. Bermudo I, (788-791) hijo de rey, hermano de rey, rey a su pesar, solo quería paz y le habían dado hierro y fuego. Su pequeño reino cristiano corría un peligro máximo de destrucción hasta los mismos cimientos creados por Pelayo, aquel conde que había sabido crear un pueblo nuevo sobre las ruinas visigodas. Bermudo había tenido que bajar a la llanura para intentar detener a aquellas hordas de caldeos. Y ahora, en aquella noche oscura, ganando las montañas desesperadamente entre jadeos de los guerreros, no había para ellos ningún signo, ninguna esperanza, nada de "in hoc signo vinces", solo negrura y miedo. Hasta las sagradas reliquias llevadas urgentemente desde Toledo, cuando aquellos extraños seres entraron en la península, tenían que estar escondidas en lo más recóndito del Monsacro. No había esperanzas. A no ser... a no ser... ¿qué estaba anunciando aquel monje extraño e intratable que se había ganado el respeto hasta del terrible Mauregato,(783-788) su antecesor en el trono, y que le había plantado cara al propio Elipando, arzobispo de Toledo? ¿Habría alguna esperanza?

Con las primeras luces del alba, ya ganado Puerto Ventana, Bermudo había decidido. La corona, su corona, sería para aquel joven príncipe desterrado en Vasconia, solo Alfonso podría darle algo de esperanza a su pueblo, solo Alfonso, hijo de aquel rey valiente que había sido Fruela, podía aceptar el reto.

Y el joven Alfonso aceptó el reto. Mauregato (783-788) le había alejado de la sucesión de un trono que le correspondía a la muerte de Silo. Su tía Adosinda intento ayudar al joven príncipe pero Mauregato dio un audaz golpe de mano. Alfonso tuvo que huir a Álava, una ley gótica no escrita, pero implacable, no otorgaba piedad alguna al vencido. La historia no ha sido amable con Mauregato, a él se le atribuye el infame tributo de las cien doncellas cristianas vírgenes para el

serrallo del tirano de Córdoba. Pero durante su reinado empezaron a ocurrir hechos trascendentales: Entre aquellas montañas alejadas del mundo apareció un "best-seller" que pronto sería la comidilla de todo Occidente: Los Comentarios al Apocalipsis. Su autor era aquel monje que ocuparía, años más tarde, los pensamientos de Bermudo en su "noche triste" de Puerto Ventana. Habitaba un recóndito monasterio de los Picos de Europa, en Cantabria, y sería conocido como Beato, Beato de Liébana. Su prestigio pronto recorrió lo que quedaba de las viejas calzadas romanas, llegando hasta los más recónditos lugares de Europa. ¿Y, qué decía Beato en el Apocalipsis? Pues, entre otras cosas, aseguraba la predicación en España de Santiago el Mayor (Beato conocía, sin duda, el Breviarium Apostolorum) y, de paso, aparecía una figura triunfante sobre un caballo blanco. Pero no se paró ahí, de sus manos surgió, también durante el reinado de Mauregato un alegato, una marcha triunfal, un alegre trompeteo: el himno "Oh Dei Verbum". Beato no se corta un pelo. Por primera vez se alude, sin ambages al: "Capult refulgens aureum de Ispanie, tutorque nobis et patronus uernulus" Se anuncia un "Patrón" para España: Iacobus, Hijo del Trueno.

Pero... ¿quién era Beato, Beato de Liébana?. Para empezar era terrible, una personalidad arrolladora y de absoluto, total, prestigio. Solo así se entiende que un "pobre monje" le plante cara al mismísimo arzobispo de Toledo - Elipando- tachándole con palabras salvajes de hereje y de "testículo del Anticristo". Se inicia así la fascinante querrela del adopcionismo. Para entender medianamente como se las gastaba Beato basta leer como conceptuó el también cántabro Menéndez y Pelayo el famoso "Tratado apologetico": "Libro bárbaro... donde las frases son de hierro... una verdadera algarada teológica propia de un cántabro... para ser escuchado por hombres avezados a continua devastación y pelea" Trata pues Beato al arzobispo de Toledo a patadas en las miserias, sin piedad. Pero... ¿Se podía hacer esto, decir esto, en la Asturias de Mauregato? Y aún más, ¿alguien podía atreverse, como de hecho hizo el monje, a mandar sus propios emisarios a la corte de Carlomagno sin conocimiento, y aprobación, del rey? Solo una figura de enorme prestigio, de inmensa consideración por parte de la corte asturiana se permitiría tal lujo (como el de provocar nada menos que tres concilios de la iglesia para anatematizar al pobre arzobispo). Los reyes de Asturias no se andaban con bromas, Fruela se cepilló, sin compasión y por su mano, a su hermano Vimara y es conocido el servilismo de clérigos - primeros espadas de la iglesia incluidos- frente a unos reyes godos (y los de Asturias siguieron de cerca sus pasos) prontos a sacar ojos y cortar manos y cabezas del primero que se desviara medio centímetro de su voluntad.

Tenía pues que ser Beato una figura de enorme predicación. No solo mandaba su propia gente a la corte carolingia, sino que mantenía una singular correspondencia con el Alcuino, la gran figura de la corte de Aquisgrán. Había sido Beato seguidor de Adosinda y, por tanto, del joven y desterrado príncipe Alfonso, pero en tal monarquía no se podía vivir contra el rey, así que nuestro monje no tuvo el menor empacho en dedicar a Mauregato el adulatorio acróstico de su himno, pidiendo para él la protección del Creador. Así las cosas, Beato fue creando un ambiente, una opinión, una pista de aterrizaje, un sentir general en aquel pueblo acosado,

con todos sus hombres gastando espuelas y en perpetuo zafarrancho de combate: Un Apóstol de Cristo había estado entre ellos. Y, probablemente, estaba también "con" ellos.

Pero echemos la brida. Teníamos en el trono a un joven rey, reclamado por el impotente y desbordado Bermudo, y se le acumulaban los problemas. El terrible emir Hisam I, después de derrotar a Bermudo en el Burbia estaba dispuesto a acabar de una vez por todas con aquel pequeño reino escondido entre montañas y habitado por aquellos bestias cristianos, al fin y al cabo politeístas salvajes. Y de nuevo, en tenaza, las mejores tropas sarracenas atacaron el norte. El año 794 un ejército entró, de nuevo, por Álava. Y otro, al mando de Abd al Malik, fue directo al corazón de Asturias. El peligro era máximo, el monarca apeló a todos sus hombres mientras el ejército musulmán avanzaba por Teverga y Puerto Ventana, arrasaba la nueva capital, Oviedo, y se daba a una orgía de saqueo y destrucción. Pero Alfonso era un rey valiente. Esperó a Abd al Malik en las alturas de Grado, en el retorno musulmán por el puerto de la Mesa y, allí mismo, con la furia desatada que da la desesperación, destrozó hasta el exterminio al ejército musulmán. Dicen las crónicas que el propio Alfonso degolló sin misericordia al caudillo musulmán. La noticia causó sensación en toda la península y, desde luego, en Córdoba. Hisam envió otros ejércitos al año siguiente con una sola orden: Destrucción absoluta y la cabeza de Alfonso. Esta vez un ejército entró por Galicia y, de nuevo, otro directo al corazón del reino: Oviedo. Y, otra vez, el joven rey dio muestras de una sangre fría espeluznante. Mandó fuerzas a Galicia, se retiró de Oviedo (que fue, otra vez, arrasado) a las montañas, jugó al gato y el ratón con el enemigo, que hubo al fin de retirarse sin su principal presa y con la noticia de que el ejército enviado a Galicia había sido derrotado.

En época de Alfonso nadie en el reino asturiano capaz de tomar un arma dormía sin el caballo presto y la armadura a mano (esto es real, incluyendo en el paquete al propio rey). Y en una de estas, harto de padecer aceifas sin fin en su propio reino, el rey tocó a generala, formó a su gente, cruzó las montañas astures seguido por un ejército de posesos, atravesó toda la península y una plácida mañana de la primavera del año 798 los vigías musulmanes de la antigua Olisipo, Lisboa, vieron aparecer en las colinas la caballería de Alfonso, teniendo el tiempo justo de lanzar la alarma... y de caer, como el resto de habitantes de Lisboa, ante aquella horda sedienta de venganza por tantos años de miedo, de resistencia, de ultrajes, de saqueo. Victoriosos regresaron a Asturias con un inmenso botín... y con la idea clara de que las cosas habían cambiado, estaban cambiando, habían pasado - y ya nunca pararían- a la ofensiva. Tenían un joven rey que les guiaba

. ¿Faltaba algo? Sí, claro, unas luces sobre el Liberdonum. Beato pues, había preparado el campo, el rey lo había cultivado, el "climax" estaba a punto. De ahí que cuando el ermitaño Pelayo (o Pelagio) diera el primer berrido atávico, el primer "aturuxo" (¿813?) ante las luminarias que surgían en aquel espeso bosque que luego sería Compostela, la primera reacción del encantado obispo Teodomiro fuera la esperada : ¡Santiago habemus! Y tampoco faltó nada para que el rey Alfonso, advertido por Teodomiro, saltara a Galicia con toda su corte: ¡Santiago

habemus! El campo había sido preparado minuciosamente, ladinamente, metódicamente por un monje que había conseguido destruir hasta al mismísimo arzobispo de Toledo. El gran tapado, Beato de Liébana. Lo demás ya se sabe. Para satisfacción de Bermudo, el buen rey Alfonso hizo construir (se dice que por dos ángeles celestiales) esa maravilla que es la Cruz de los Ángeles. En ella Alfonso dejó escrito: "In hoc signo vinces".

Así fueron los hechos. Y si no fueron exactamente así, tanto da. Pero tengo la intuición de que... caliente, caliente. Las risotadas de Beato todavía deben sonar entre la niebla espesa de Liébana, Espinama, Caín o Poncebos.

## Capítulo V

### SANTIAGO ESTÁ, SIN DUDA, EN COMPOSTELA (Y EN MÁS SITIOS)

**C**reo que nadie puede demostrar, por la tan aludida vía científica, que los restos físicos del Apóstol están en Compostela. Ni tampoco los de Prisciliano, ni los de ninguna otra "figura" histórica. Creo, además, que reducir todo el fascinante fenómeno jacobeo a conseja de sacristía, "volata" de sabios torticeros, huroneo de reliquias, halitosis de beata, histerismo de sectarios o, lo que es mucho, muchísimo peor, crear una "ciencia" - incluso con sorprendente metodología "ad hoc"- para arrimar el ascua a sardinas hace tiempo podridas, es reducir a mentalidad de enanos uno de los grandes misterios que restan en nuestro mundo. ¿Qué lo de Beato tampoco, que no es así? Perfecto, ¿que más da?, "científicamente" cualquier chamán un poco leído, incluso yo mismo, puede montar en veinticuatro horas una "teoría" - e incluso discutirla hasta la extenuación- diciendo, by example, que los despojos del Libredón pertenecían a los hijos del destronado rey Vitiza. O a San Cucufate.

Dicho lo dicho, por todo lo dicho, o incluso a pesar de lo dicho, se me da todo un ardite y declaro: El Apóstol Santiago, Hijo del Trueno, está enterrado en Compostela. Y estoy incluso dispuesto a cargar las viejas pistolas de agua y batirme con quién sea menester para defender lo que antecede. Ya lo veo, se me dirá: ¡ Para el carro, insensato, acabas de pretender demostrar lo contrario ! Pues no, para mi no. Creo firmemente, apasionadamente, que Santiago está enterrado en Compostela lo mismo que creo en Peter Pan y su País de Nunca Jamás, en que las hadas buenas salen de sus fuentes en la profundidad de los bosques el día de San Juan para peinar sus cabellos con un peine de oro, en los elfos, en los enanos, en los Reyes Magos, en que el rey Arturo volverá algún día para devolver un poco de ilusión a este mundo de mercaderes pacatos, en que otro rey, D. Sebastián, no murió en Alcazarquibir y también volverá para devolvernos algo de su sed de aventuras, afirmo que el hada Campanilla alivia con el aleteo de sus alas la fatiga de los peregrinos, creo que Aladino nos puede regalar todavía un montón de lámparas maravillosas, que hay por ahí - busquémoslos- cien mil griaes... creo en todo eso. Por eso, por favor, que no nos toquen las viejas tradiciones, las antiguas leyendas, son nuestras, es lo que nos queda.

Sé me podrá decir: chaval, eres un apasionado en grado severo. ¡ Pues claro que sí ! A la vida, tal y como la entiendo, o se le pone pasión o se le pone todo o se queda en eso, huesos calcinados, arqueología de supermercado, sabios arrugando la nariz impertinentemente. El Camino de Santiago es pasión, es una locura que hace arrancarse una buena mañana a un hombre desde la placidez de su hogar en el lejano Flandes y echarse, a través de trochas inverosímiles, a todos los Caminos de Europa. ¿Están o no están allí las reliquias? ¡ Bueno, hombre! Lo que podía ser muy importante para el hombre del siglo XII puede - y debe- no serlo en absoluto para el hombre del siglo XXI. Por aquí seguro que andan - andamos- alojados un montón de locos y locas midiendo como lobos enjaulados los pasos de un tiempo en que la máxima aventura permitida es bajarse al Mc

Donalds más próximo, se acabó - para bien o para mal- el libre albedrío, van a globalizar hasta el vino de Amandi - menuda putada- , pero por lo menos que nos dejen soñar, coño, es lo que nos queda. Por estos reductos hay gente -me incluyo de cabeza- que se hubiera subido a la primera goleta oceánica, tomado Argél por asalto, acompañado al rey Ricardo a Jerusalén, saqueado Roma, buscado Eldorados, vivaqueado con Miocides... pero ya no nos dejan, ya solo han dejado el Mc Donalds de los huevos. Por eso por aquí anda - y por ende por el Camino- la última cohorte de irreductibles. Para que nos vengan a explicar lo de quítame allá ese hueso de santo. Es la última aventura que queda en Europa, a pesar de que quieran enmoquetar y alicatar el propio Camino hasta la mismísima Vía Láctea, por eso... ¡ Quiten sus sucias manos del mito de Santiago! Es lo poco que nos queda. Dejando de lado explicaciones beatuconas y meapilas, ese acaparamiento de Dios del que hacen gala algunas religiones, es posible a que estemos asistiendo a un renacimiento de lo divino en sentido estricto orteguiano: La aparición de un Dios laico, después de épocas de gran fuga en que "esa enorme montaña de Dios" se desvanecía en el horizonte.

Santiago está en Compostela, dicho está. Pero no sólo allí. Santiago está en Johanne Dufour, peleando desde Canadá por que no nos envuelva en celofán un monasterio, está en mi amigo Carlos Zarca, resoplando en todas las cuestas porque quiere ver el mar, estaba en Felisa, Dios la bendiga, repartiendo higos y sonrisas en Logroño, en la señora María, que los días de fiesta se pone el mandil para barrer el albergue de Azofra, en Jesús Jato y sus quemadas, en Leo pariendo cuentos en su lejana Patagonia, en Begoña repartiendo bondad, orden y sonrisas en la lejana Fisterra, en Tomás reivindicando Bafomets en las soledades de Manjarín, en la comunidad cisterciense de Sobrado ofreciendo pan, techo y maitines a los peregrinos, en mi amigo Mario Clavell que entrona "Bonaerges" en todos los albergues, en mi mismo que ando todo el día encabronado y no sé por que, soy idiota, está en todos nosotros fráteres, que se le va a hacer. Y, Santiago está, sobre todo, en su Camino. Pero que nadie me venga con huesos de santo. Dejemos andar a los peregrinos, agobiados por su mochila y por el siglo que les ha tocado vivir. No persiguen huesoalguno, persiguen algo indefinible pero que flota en el aire y lo llevan en sus mochilas. Persiguen el ESPÍRITU DE SANTIAGO, con eso basta, con eso sobra y, desde luego, se les da un ardite las querellas y polémicas sobreosamentas diversas.

Lo siento, todo esto era por darle la tabarra a un canónigo que, seguro, nunca me va a invitar a chocolate con picatostes. Y por reivindicar al zorrampión de Beato, que probablemente, aunque quién sabe, no me lo va a agradecer. Buen Camino amigos y, pese a quien pese, ¡ Ultreia e Sus Eia! y, también, por si acaso, que nunca se sabe y los tiempos están muy zorros: ¡ Deus adjuva nos!

Como casi siempre, quiero terminar cantando. Y lo voy a hacer entonando a grito pelado una antigua (y maravillosa) canción de los peregrinos del Moissac. Va por ustedes hermanos:



Eran trenta o cuarenta  
Que parteren a San Jacque  
Per gagna lou paradis  
Mon dieu! Per gagna lou paradis

## Epílogo

### ¿Ondiñas veñen?... Gallegos van

**S**an Martín de Dumio se ahogaba de indignación. Y es que resulta que todavía en el siglo IV andaban los gallegos danzándole a la luna llena en las encrucijadas, llenando la noche de salvajes aturuxos y apareándose sin recato en el plenilunio. Una vergüenza. Por eso hubo prisas por cristianizar las encrucijadas, erigiendo cruceiros allí donde reinaban los "lares viales". Por eso el Dumiese lanzaba filípica tras filípica a los recalcitrantes cristianos gallegos. Claro que estaba difícil reconducir a gentes que, bien entrado el siglo XX, aún practicaban peculiarísimas costumbres de las que participan otros países célticos: Bretaña, Gales, Irlanda, Cornualles... así la increíble danza del "avellón" que todavía se practicaba hasta hace poco en la Galicia del sur y que tan bien han descrito los investigadores Antonio Fraguas y Alfredo Brañas: A la muerte de un pariente o un amigo en una aldea, entran todos los presentes en la habitación del muerto y cogidos de la mano, "fungando" (zumbando) entre dientes, como hace el abejorro, danzaban todos alrededor del difunto. Nada de particular, por otra parte, cuando unas de las fiestas más sonadas de Galicia son Santa Marta de Ribartame o el Cristo de Poboá do Caramiñal, donde desfilan (vivos) en ataúdes que son llevados a hombros de familiares, las personas que por intercesión de la santa o el Cristo respectivo se han librado de la muerte ese año. Todo eso en medio de bandas de música, gaiteros, pulpo a feira y la bendición meliflua de los curas del lugar, que procuran mirar hacia otro lado.

Ya he dicho por ahí atrás, que cada aldea, cada romería, cada ocasión, cada dolencia, tiene su santo en Galicia. Y que el gallego peregrina a sus romerías. La noche acoge en las correoiras extraños cortejos, aldeas enteras, con sus párrocos a la cabeza, se desplazan en masa a Os Miragres de Amil, a Os Miragres de Monte Medo, a O Corpiño, a Nosa Virxen do Cristal, a San Andrés de Teixido... a centenares y centenares de santuarios construidos, la mayoría, sobre los antiguos templos de culto pagano o druídico. Y ya he dicho también que el auténtico "totem" autóctono es el misterioso San Andrés de Teixido "a o que debe ir de Morto o que non vai de vivo". Tan es así, y no lo digo yo, lo dice el anteriormente citado y muy venerable Antonio Fraguas, que en la Galicia del sur y más concretamente en tierras de Cotobade, a la Vía Láctea de le conoce como "Camiño de San Andrés". Y es lógico, la Vía Láctea tiene que alumbrar de noche a los difuntos que van a visitar al Santo. Es probable que muchos gallegos no peregrinen jamás a Santiago. Pero es difícil encontrar alguno que no haya peregrinado o esté planeando peregrinar a San Andrés de Teixido, allí donde el mar es Mar Tenebroso y se apagan todas las estrellas del mundo.

Extraño país donde de noche aparecen raras luces en las encrucijadas en las que reinan los cruceiros, donde los bosques milenarios son todavía recorridos por "la hueste", la Santa Compañía, donde reinan los trasgos y los nuberos (como en la vecina Asturias) y donde es fácil hablar con los enanos que guardan las cuevas en

las que todavía los "mouros" esconden su oro. ¿Un país mágico? Seguramente. No hay más que acercarse al Monte Pindo, el "Olimpo Celta" y aproximarse al "Eido dos Mortos". Pero para eso hay que mojarse esmeradamente el culo y abrazarse a un guía. Yo me ofrezco y prometo llevar la remesa de agua bendita, a condición de una buena caja de albariño (a elegir, claro). Extraño país donde todo es posible, como poder ver un video, entre amigos, con una grabación clandestina que prueba como todavía las antiguas diosas ejercen en los claros de los bosques, al pie de los cruceiros seculares.

Extraño país el país de Prisciliano, de Santiago Apóstol y de Isolino. Claro que Isolino era sólo sacristán, pero eso no era culpa suya. Yo lo conocí ya mayor, Isolino tendría como setenta y pico años, era alto, cenceño, con boina "ad hoc" bajo la cual cohabitaban dos ojos de lobo de un azul intenso, siempre avizores. Cuando yo llegué a vivir a su aldea, Isolino me adoptó. Quiero decir que se constituyó en una especie de escudero, siendo su primera obligación, que le agradecí eternamente, enseñarme a tocar a muerto. Y vaya por delante que en Galicia no se toca a muerto de cualquier manera, no señor, si muere una mujer soltera se toca de una forma, si es viuda de otra, si muere un hombre se cambia el toque y si muere, es un decir, un señor cura, entonces ya es el disloque. Don Justo el párroco (Don Gusto, en "geada") estaba encantado. Nada de mariconadas tales como "carillones del Cutre Inglés" con esa horterada del "Hermano Jacques dormevú". A puro brazo, campanazo limpio y como está mandado. Isolino, Freitas "Calimero" y Nemesio Soya, el pedáneo ("eu son Nemesio Soia, cajo no demo, uncionario do yuntamento de Pontecaldelas") y servidor nos constituimos en cuadrilla (el hecho de que todos ellos superaran los setenta años carecía de importancia) y, juntos, al anochecer, subíamos a mi sufrido "Peugeot" para recorrer las tabernas del rural de Terra de Montes. Fue todo un "master". Vinos caralludos, viejas leyendas y consejas, mitos, manías, costumbres y canciones. Íbamos también a todas las romerías de la comarca. Hasta que un día, Isolino, que ni siquiera había salido de la provincia de Pontevedra en toda su vida, me pidió ir a Santiago, para ver los "fogos de estronicio".

Fue un viaje memorable con todos los viejos. Hubo que parar en Padrón, donde Isolino descendió en la alameda para poner un huevo, sin recato alguno. En Nosa Sra. da Escravitude se emocionaron con la iglesia. Y en Santiago de Compostela, con la boina en sus manos y la mirada embobada, mis viejos se asombraron con los fogos. Habían ido a ver al "santo". Nada de particular, ni un comentario, les llamó más la atención el Pórtico. Al subir al coche, de noche cerrada y de vuelta a la aldea, un comentario unánime: "Os fogos de estronicio de Santiago te son mejores que os da Perejrina de Pontevedra". Es todo. ¿El Apóstol? Lo respetan claro, pero es un "santo" más, con una cohetería cojonuda, eso sí.

Así pues, cuando los gallegos peregrinan a Santiago (con excepciones, claro está) lo hacen de manera coral, como lo hacen a sus romerías, saliendo de noche de las aldeas, con párroco a la cabeza y cruz alzada. Así ocurrió el Año Santo de

1993 y en el de 1999. Lo digo porque he guiado alguna de estas expediciones. Exactamente igual que lo hacen a todas sus romerías.

Y es que este extraño y poco comprendido pueblo, está al día en temas de santerías, de romerías, de Santas Compañías, de danzas macabras, de meigas (hailas, hombre, hailas), de meigallos, de enanos de los bosques, de entierros en vida, de vidas de entierros, de encuentros con los difuntos, algo cotidiano, en el anochecer de las correoiras, de Vías Lácteas señalando el Mar Tenebroso, de peregrinos, de invasiones, de invasores, de brétomas invadiendo sus bosques, de herejes, de herejías, de caciques y sobre todo de santos, son peritos en eso.

Por eso debes crearme D. Alberto. El gallego no menosprecia a Santiago, pero para ellos es uno más. Si todavía fuera como S. Campio, que está debidamente vestido de centurión romano que es un primor, tal vez lo auparían algo arriba en el escalafón. Me gustaría que no fuera así, pero así es, te lo aseguro.

Por eso, "ondiñas veñen... galegos van". O tal vez no. Bueno, puede que si. Bajadme, tened la bondad, de esta escalera.

***Desde Galicia, con todo mi afecto para Alberto y el resto de la afición,  
José Antonio de la Riera.***